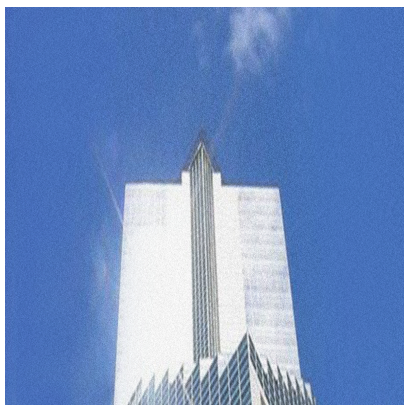




Las chabolas trepan a la â??Torre Eiffelâ?• de Caracas

Descripci3n

Bienvenidos al barrio de chabolas m3is alto del mundo. La distinci3n no se refiere a su altura sobre el nivel del mar. Lo que le da su t3tulo es la verticalidad respecto al pavimento de la avenida Andr3s Bello de Caracas. Son casi 200 metros desde la calle hasta la c3spide del bloque A del conjunto, a la que corona una plataforma dise1ada como helipuerto.

A decir verdad, usted, o cualquier otro espont3neo, tampoco ser3 necesariamente bienvenido. Las visitas est3n estrictamente controladas. Si consiguiera traspasar el control de la porter3a, coordinadores de seguridad le preguntar3n en cada piso a qu3 viene. M3is les valdr3 tener una buena respuesta. De ser periodista, el visitante deber3 andar en compa1a de Alfredo, el coordinador de prensa nombrado hace meses por la Cooperativa Caciques de Venezuela, que gobierna el lugar. Escarmentados por la fama de guarida de malhechores que se gan3 la comunidad, sus jefes instruyeron a Alfredo para evitar la mala prensa equilibrando los puntos de vista de los reporteros, que sin duda seguir3n llegando en tanto este sitio conserve su atractivo como parque para el safari period3stico.

El lugar se llama la Torre de David. Cuando se inici3 su construcci3n en 1990 iba a ser un edificio de oficinas de fachada espejada â??en realidad, dos edificios, uno de 45 pisos y otro de 20 y un m3dulo para estacionamiento de 10 pisosâ??. el tercero m3is alto de Venezuela y el octavo de Am3rica del Sur. Pero la muerte de su promotor y una enorme crisis financiera, entre otras debacles que han asolado al pa3s, congelaron las obras a medio terminar. Como una ruina moderna, la estructura permaneci3 erguida, primero a manera de homenaje de alg3n agravio colectivo, luego como una instalaci3n de est3tica discutible e inquietante.

En 2007 una invasi3n tolerada por el Gobierno chavista le consigui3 un prop3sito pr3ctico. Los ocupantes, alrededor de 2.000 procedentes de barrios pobres de toda el 3rea metropolitana, se organizaron en torno a un l3der, Alexander *El Ni1o Daza*, convicto dos veces y regenerado en prisi3n como pastor evang3lico.

El Ni1o Daza dej3 de ser solo un nombre de las p3ginas rojas a comienzos de 2013 cuando una cr3nica extensa sobre la torre firmada por Jon Lee Anderson para la revista *The New Yorker* le

concedió potencial de personaje literario. Su ascenso al Olimpo de la ficción culminó en octubre del pasado año en el horario estelar de la cadena estadounidense FOX. Esa noche se estrenó un capítulo de la teleserie *Homeland*, el tercero de la temporada, en el que su protagonista, Nicholas Brody, llega a la Torre de David con una herida de bala en el estómago. Lo recibe un *Niño Daza* de libreto, que poco se parece al real.

Y. L. es una mujer de treinta y tantos que no tendría problemas en saber quién es Nicholas Brody, si aún no lo supiera: la fachada oeste de la torre est   erizada de parabólicas que brillan igual que espinas. Como habitante real y provisional, aclara   de la torre, su testimonio desti  e la imagen que frente a muchos cara  os tiene el edificio: la de un nido del crimen. "Lo que me gusta de acá es la seguridad", cuenta. "All   donde yo vivía, mientras esperabas el *jeep* [el transporte] para subir al barrio, en cualquier momento se armaba la plomaz  n. Nada de eso pasa acá".

El David de la torre no es el rey de los judíos. Se trata de otro David, de apellido Brillembourg, un magnate financiero que quiso erigir este edificio como símbolo de su poder terreno. Sin embargo, las resonancias bíblicas del remoque que quedó asociado a la construcción tienen cierta correspondencia con el orden evangélico que prevalece. Porque aunque una invasión siempre entra   violencia y, en este caso, la conduzcan expresidarios, la vida diaria de los pobladores de la torre parece dirigida por una versión edulcorada del culto. Las columnas del atrio del complejo est  n pintadas de colores rosado y verde pistacho. Las oficinas de las diferentes dependencias de la cooperativa se identifican en los umbrales con rótulos hechos con letras de cartulinas de colores. En la iglesia donde el propio *Niño Daza* oficia el servicio, repleta de sillas de plástico, reposan los instrumentos de la banda musical que anima sus ceremonias.

Esto no quiere decir que haya que pertenecer a esa iglesia para conseguir techo en la torre. De hecho, son pocos los inquilinos que asisten a misa. Pero el régimen interno est   por completo inspirado en los valores evangélicos, un culto muy extendido en las círculos venezolanas.

El día que *EL PAÍS* visit   la Torre de David no estaban presentes ni *El Niño Daza* ni Alfredo, el oficial de prensa. Ambos se encontraban de viaje en una misión vinculada a la gestión del edificio, explicó la secretaria de la cooperativa. Por paradoja, sus ausencias dieron una oportunidad para recorrer el edificio hasta el piso 10, el último al que llegan, por las rampas del estacionamiento, los motociclistas que cobran 20 bolívares (algo menos de treinta céntimos de euro a la paridad Sicad 2, una de las tasas de cambio oficiales en Venezuela) por recorrido. A cambio, las personas con quienes se pudo conversar se mostraron esquivas y a la defensiva, a sabiendas de que podrían estar trasgrediendo las fronteras de la versión oficial.

En la comunidad se aceptan parejas y grupos familiares, nunca hombres solos. Son 800 familias venidas de todas partes. Pagan alrededor de 20 euros al mes para el mantenimiento. Sin elevadores, el ascenso diario a sus residencias se asemeja al del Gólgota. Las personas mayores se abstienen de salir con frecuencia, porque, como se dijo, si bien hay motocicletas que permiten salvar un tramo del ascenso a pie, no siempre se dispone de dinero para pagarlas. Los camiones que transportan materiales para la construcción los llevan hasta el piso 10, lo que subraya el mérito de quienes han levantado sus viviendas en los pisos superiores. En el edificio A de la torre, el más alto, los colonizadores han escalado hasta el piso 28 de 45. En el B, a todas sus 20 plantas.

La casta privilegiada de los inquilinos vive entre los pisos 8 y 12: bastante abajo como para aprovechar el envi  n de las motocicletas, pero lo suficientemente arriba como para evitar la pestilencia de los

desechos que se acumulan a un costado de la estructura. Los demás enfrentan el desafío cotidiano de hacer de sherpas, cargados de vituallas, para conquistar las alturas, castigo que se equilibra con un privilegio que, por cierto, comparten con sus pares de las villas miserias de los cerros que rodean Caracas: desde esas alturas gozan de algunas de las mejores vistas de la ciudad y su valle.

Por supuesto, la precariedad de estas viviendas empotradas en una colmena de hormigón, trae problemas. Uno es la engorrosa disposición de los desechos sólidos. Si bien hay comisiones que se encargan de ello en cada piso, siempre es fuerte la tentación de optar por el método expedito de arrojarlos al vacío. Quien lo hace se arriesga a sanciones que incluyen la expulsión de la comunidad. Pero los desechos se siguen acumulando en el lado noreste de la torre y la fetidez reina en su planta baja, señal de que la disuasión funciona poco.

Otro problema es el suministro de agua. Los habitantes se las ingeniaron para tener acceso al servicio mediante un sistema de bombas. Aun así, la presión es poca y se asignan turnos para que a cada piso llegue el agua cada ocho días, en promedio, y puedan rellenarse los tanques.

Pero en general, la sensación predominante entre los residentes es la de quienes mejoraron de condición. Ahora viven a dos pasos de la línea principal del metro de Caracas y no tienen que levantarse tan temprano para llegar a sus lugares de trabajo o estudio. Todavía mejor: en algunos casos, han conseguido sus lugares de trabajo o estudio dentro de la Torre de David.

Abastos, comedores u otros expendios informales se han instalado en algunos apartamentos. Manicuras y peluqueras ofrecen sus servicios. En una vivienda del piso 15 —montan brackets—, los aparatos de ortodoncia que entre la juventud de las zonas populares se han convertido en símbolos de estatus junto a las zapatillas deportivas Nike y las cadenas gruesas (llamadas —guayas—) de oro o imitación. En noviembre del año pasado incluso se operó el milagro de llevar la montaña a Mahoma cuando la cercana escuela estatal Ana María Delán del barrio Pinto Salinas —donde muchos de los niños residentes en la torre estudian— mudó temporalmente sus clases a uno de los muchos espacios sobrantes de la planta baja del complejo mientras reformaba sus instalaciones.

"Ni leyenda negra ni leyenda blanca", dice la fotógrafa Ángela Bonadies, una de las primeras documentalistas que prestaron atención a este fenómeno urbano. "En la Torre de David vas a encontrar lo mismo que en cualquier barrio de Caracas".

Habría que tomar en cuenta algunas características especiales por las que este lugar no puede resumirse como una simulación de las villas miserias. Primero, su verticalidad: "A diferencia de otro barrio", reconoce Bonadies en sus propias experiencias de tres años registrando el lugar en fotografías, junto a su colega Juan José Olavarría, —en los pisos más altos te agarra la sensación de que si te pasa algo, no hay para dónde correr—. Luego, la impronta con que lo marca la síntesis entre la cultura carcelaria y el credo evangélico.

Gracias a esa y otras singularidades, una ciudad que no tiene una Torre Eiffel o un Obelisco de la avenida 9 de Julio, que intentó sin éxito convertir la silueta de las torres gemelas del Centro Simón Bolívar —un modesto centro cívico de los años cincuenta— en su emblema, ahora se encuentra con la Torre de David como su hito indeseado. No debe ser el tipo de símbolo que David Brillembourg procuraba.

La crónica sobre la Torre de David va en camino de consagrarse como un género periodístico en sí mismo. Es como ir a la Ciudad de los Muertos en El Cairo: mezcla de rareza, color local y cierta mirada paternalista sobre la pobreza en el Tercer Mundo.

En septiembre de 2012, la Bienal de Arquitectura de Venecia otorgó su León de Oro a un proyecto-instalación llamado Torre de David/Gran Horizonte que presentó a concurso el estudio Urban Think Tank de Z rich, Suiza. El veredicto fue recibido con indignación en Venezuela y encendió la polémica mucho más allá de los linderos de la comunidad de arquitectos. Era como si las vergüenzas más íntimas de la ciudad hubiesen quedado al aire, expuestas a la sorna de unos comisarios europeos más pendientes de los exotismos que del drama social que esconden. Para enardecer aún más a los críticos, el equipo premiado incluía entre sus integrantes a un arquitecto venezolano, Alfredo Brillembourg, pariente de David.

La consagración de la Torre de David como lugar metafórico de la trama de *Homeland*    las escenas del capítulo en realidad se rodaron en una locación de Puerto Rico   colmó la paciencia de algunos venezolanos, sobre todo de voceros del Gobierno cuya propaganda se precia de los logros sociales de la autodenominada Revolución Bolivariana. "Sus directores van directamente a la torre, que intentan colocar como el nuevo símbolo de la capital venezolana", se quejaba el autor de una columna de opinión difundida por una agencia estatal de información, "   qué razones hay para que Venezuela aparezca en una serie que el presidente Obama abiertamente apoya y anima a ver, y que cuenta con el respaldo y el apoyo de la CIA?    Es una especie de preparación para que el pueblo estadounidense justifique cualquier agresión a nuestro país? El tiempo lo dir ".

Fecha de creación

2014/07/22